

EX - LIBRIS

ANILLOS, por *Pablo Neruda y Tomás Lago*.—Edit. Nascimento. Santiago, 1926.

Dos jóvenes escritores de avanzada, Pablo Neruda y Tomás Lago, colaboran en la publicación de un libro interesantísimo. Muy conocido ya el primero por sus anteriores obras como un poeta de extraordinarias condiciones, su prestigio influye de reflejo sobre su compañero de este libro. Si la personalidad de Neruda demuestra en «Anillos» poseer una fuerza sobresaliente, la de Tomás Lago revela no menor vigor ni, acaso, menor capacidad artística.

«Anillos» es un libro de una belleza sorprendente, escrito según las nuevas maneras literarias, que adquieren un brillo inusitado en manos de tan certeros y honrados cultivadores. Trozos como «Soledad de los pueblos», de Neruda, y «El pescador arbitrario», de Lago, así como los retratos de cada uno de los autores hecho por su compañero, no podrán ser olvidados en nuestra literatura y marcan el comienzo de una nueva etapa en la evolución de nuestra sensibilidad artística.

SONRISAS DE PARÍS, por *Ventura García Calderón*. Edic. «Nuestra América». Buenos Aires, 1926.

Para ningún americano de alguna cultura puede ser desconocida la figura de Ventura García Calderón, escritor peruano que en compañía de su hermano Francisco representa en Europa lo mejor de la intelectualidad del nuevo mundo. Artistas de mérito.

pensadores cuando es necesario, historiadores si así lo exigen las necesidades de la propaganda, hombres de mundo y de salón en todo momento: los dos García Calderón hacen en Francia por su país, lo que no podrán hacer por el nuestro las más brillantes embajadas.

En este volumen reúne Ventura García Calderón un puñado de sus artículos escritos desde París para diversos periódicos americanos. Son sólo «sonrisas» de un mundo afebrado, novedoso, inquieto, amante del bullicio, del placer y del arte. Son lo que menos dura de tales ocupaciones. Pero son, también, lo que más agrada a toda clase de lectores.

MANZANA PROHIBIDA, por *Daniel de la Vega*.—Santiago, 1926.

En este breve volumen, destinado a la circulación amistosa, no a la venta, ha reunido el poeta Daniel de la Vega unas cuantas de las crónicas que publica día por día en «El Mercurio» y en «Las Últimas Noticias» de Santiago.

Los temas de estas divagaciones son mínimos: la propina, la letra de los médicos, la oratoria callejera, el invierno, una tienda. Pero de tan breve sustancia el cronista extrae la esencia de un arte sutil y refinado que a todos deleita y a todos entusiasma. No es obra vulgar de periodista, destinada a un inmediato olvido. Es obra de artista, destinada a que la recordemos siempre y a brindarnos el tesoro de una renovada emoción.

21 ENSAYOS, por *Emilio Suárez Calimano*. Edición de «*Nosotros*», Buenos Aires, 1926.

Suárez Calimano es uno de los cinco o seis prestigios de la crítica hispano-americana. Buena serie de años viene ya su labor marcando en hitos alumbradores cada obra literaria de significación que el continente produce; y siempre su comentario es nítido, sagaz, culto, sereno, generoso. Asume Suárez Calimano la actitud de la simpatía, porque sabe que en la actitud

hostil nada se nos da desde su entraña; y por esto sus juicios enaltecen a «Nosotros». Hoy, en la recopilación revisada de un haz de juicios, en esta refundición que toma el título—y el carácter—de *21 Ensayos*, vese la solidez de tal labor. Cuando el artículo periodístico pasa al libro, es cuando se aprecia su perennidad. Mucho diamante de hoja volandera, resulta opaco vidrio en el engaste del libro. Y este volumen de Suárez Calimano fulge en definitiva; se hace aporte estético por sus «apropósitos» que marginan cada estudio; se torna en documento de la época, en consultorpreciado de la biblioteca.

No es fácil hablar de prioridades de un ensayo respecto de otro; mucho menos en una simple nota bibliográfica. Baste la cita de las virtudes. Y entre éstas, no es para nosotros pequeña la de haber dado el crítico cinco lugares a escritores chilenos. Eduardo Barrios, Gabriela Mistral, Pedro Prado, María Monvel, Francisco Conreras aparecen en el libro estudiados, y, salvo el caso de Gabriela Mistral, con ese milagro de claridad que da—ya lo dijimos—la actitud simpática. Viéndole juzgar almas nuestras, que conocemos no sólo por la obra literaria sino por el trato personal, la discusión y el convivir, apreciamos mejor el poder de Suárez Calimano para ver, atisbar, desentrañar, disociar y reasociar, hasta construir su síntesis del juicio. A conciencia decimos, pues, luego, que realiza obra alumbradora.

El caso de Gabriela Mistral, en cambio, nos deja perplejos. Afortunadamente, el propio crítico—sin duda por su noble hábito de sinceridad—nos permite entender que leyó «Desolación» en actitud reaccionaria, reaccionaria contra la «crítica hablada que agiganta bolas de nieve». Se nos ocurre que, ese día, Suárez Calimano se despojó de la simpatía y vistió su sensibilidad con toga y birrete de tribunal. Hay, indudablemente, en todo hombre sensible, una aversión anticipada a las celebridades con que se nos hostiga antes de que los fundamentos hayan llegado a nosotros. ¿Cuántos libros odiamos sin conocerlos y hasta nos resistimos a leer, sin otra causa que la de ser voceados por cien mil majaderos?

Pero, si ésta es una disconformidad con nosotros, el resto del libro sólo nos pide inclinación de respeto y amplísimo aplauso.

21 *Ensayos* será obra de consulta para cuantos en adelante deseen luz sobre esos veintiún autores.

MÁS FUERTE QUE LA SANGRE, drama en tres actos por Ana Neves, con un juicio de Francisco Villaespesa. Santiago, 1926.

Precedido de una carta de Villaespesa, en la que el poeta estampa declaraciones que a simple vista parecen de hombre galante con la dama hermosa y fina, y que luego la lectura de la obra afirma como juicio honrado, nos llega otro libro de Ana Neves. No se trata esta vez de prosas líricas, ansias y ensueños de la mujer sensible y afinada; nos hallamos con un drama, con todo un drama recio y audaz, resuelto con garra masculina. Y así, la opinión de Villaespesa, de que no ha leído «ninguna obra de mujer, entre todos los pueblos de nuestra raza, tan bella y tan atrevida, tan sobriamente planeada, de diálogo tan natural y de un alcance psicológico tan profundo», cobra seriedad.

También nosotros habríamos dicho eso.

Pero queremos decir más. Este drama se destacaría entre las producciones masculinas de más nervio. Acaso en la técnica teatral, en la medida escénica y en ciertos recursos efectistas, haya que aligerar, podar y suprimir. Ya lo verá la autora, cuando «Más fuerte que la sangre» vaya al teatro. El ensayo es, al cabo, la revisión última que el autor dramático hace a su obra, y la prueba tras la cual el libro toma su arquitectura definitiva. Recordamos el caso de Dicenta con su «Juan José»: en el ensayo fué suprimido todo un acto y algunas escenas se añadieron en otro para sustituirlo.

Por ahora, sin las exigencias de la representación—que sólo son impuestas por la paciencia del público—podemos aplaudir la obra, saludarla como libro hondo, bello y revelador de un alma de mujer valiente y libertada.

LA PAMPÁ Y SU PASION, por *Manuel Gálvez*. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires, 1926.

Esta novela de Manuel Gálvez viene a ensanchar más el campo que el autor ha abarcado en su labor de novelista argentino por autonomasia. El narrador psicólogo y, en cierto modo, sociólogo, que por turnos va a estudiar y recoger todos los ambientes de su país, estudia y recoge hoy uno que faltaba en su pauta y que dentro de su nación tiene sin duda importancia grande. Hemos asistido ya, en las novelas anteriores de Gálvez, a la vida de las maestras, de los escritores, de la familia dominada por la religión, de la mujer que rueda al vicio, del apóstol, del amor, de la baja prostitución, del idealismo. A este panorama argentino, faltaba la vida del turf y he aquí lo que se nos revela en «La Pampa y su Pasión».

Es la historia de los jockeys, los studs, los peones de cabailleriza, los traficantes del turf, con sus amores, sus intrigas, su juego de intereses y su fervor del caballo. El tema está dominado por el maestro. Se experimenta, desde las primeras páginas, esa tranquilidad feliz de lector que se halla frente a un novelista que le dará su fruto sin esfuerzo, sin hacernos sufrir con sus incapacidades de solución o sus vacilaciones maltratantes. Se sabe que se marchará bien conducido y que, serena y seguramente, nos será expuesto el problema, se nos darán los aciertos plenos y los hallazgos, se nos llevará al conocimiento de un mundo y al placer de una obra de belleza.

Todas las cualidades de Gálvez vuelven a estar presentes en este libro. Acaso haya más prisa en la factura que en los anteriores; pero esto, que la crítica suele apuntar fustigando, se nos ocurre un signo del tiempo, algo correspondiente a una psicología muy actual, un procedimiento que muchos agradecerán. Lo espontáneo surge así. Y lo espontáneo es hoy apreciado y hasta buscado con ahinco. La «técnica» de la novela empieza a dibujar sonrisas.

En cambio, el vigor de los tipos impone el libro; y de todo

el conjunto nos queda huella de cosa vivida, bienestar de prosa llana, emoción humana y perdurable.

«La Pampa y su Pasión» es un sillar más en el plinto del gran novelista.

LOS CAMPESIÑOS.—INVIERNO, por *Ladislao Reymont*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1926.

La obra de Ladislao Reymont ha entrado en el libro castellano con mucha y muy merecida fortuna. No ha de ser ajeno a ello el hecho de haberse coronado a este escritor polaco últimamente con el Premio Nobel. Pero el triunfo se debe, sin duda, al propio valer de la novela «Los Campesinos», cuya segunda parte, titulada «Invierno», concluimos ahora de leer.

En efecto, si la lectura de la primera parte, «Otoño», nos causó impresión de maestría, ante «Invierno» sentimos ese entusiasmo que suele traer a nuestros labios el adjetivo de genial.

Hay desde luego, en la obra, un equilibrio tan sabio entre la facultad de reanimar la naturaleza, la de hallar el sentido de las fuerzas espirituales y la de impulsar el todo con recio dramatismo, que se hace imposible olvidarlo.

Recordamos haber leído en «Les Nouvelles Littéraires» que esta obra es una verdadera epopeya campesina, un vasto fresco trazado por un maestro que ha sabido reunir con arte las tintas violentas y los colores de matices infinitamente dulces y pintorescos. Y todo esto nos parece verdad digna de repetirse.

«LAS ALMAS MUERTAS» (*Aventuras de Chichikov*), por *Nicolás Gogol*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1926.

En cierto modo, esta obra es el Quijote ruso. Lo es por el papel que en Rusia se le ha dado y porque no hay libro que como él nos enseñe a conocer el alma de su pueblo. El tipo de Chichikov, el protagonista, es una creación ejemplar, y los otros personajes, dibujados con trazos admirables, son entraña rusa y, a la vez, entraña humana universal. Este libro, según

la crónica, fué el que inmortalizó al gran Gogol: de él partió su fama de padre del humorismo eslavo y, en cierta manera, padre o maestro de Dostoiewski, Chejov y aún de Tolstoi. Como colorista y retratista, Gogol sigue siendo también el precursor en la literatura rusa, tan llena de maestros.

Para buscarles parentescos en la literatura española, podríamos decir que «Las Almas Muertas» caen del lado de la literatura picaresca del siglo de oro. El estilo es vivaz, regocijado, poético y original. Hay en la obra detalles que convierten la cosa vulgar en elemento primordial del pasaje donde se halla. Por algo se ha dicho que Gogol es el Teniers de la literatura.

La traducción es de primer orden, como que fué encomendada al profesor de lenguas eslavas Slaby y al escritor castellano Vicente Díaz de Tejada.